

Sobre el Odio

On the Hatred

Vaclav Havel

Universidad de San Martín de Porres

Fecha de recepción: 00/00/09

Fecha de aceptación: 00/00/09

RESUMEN

C

ABSTRACT

Keywords:

DISCURSO PRONUNCIADO EN OSLO 29-8-1990*

Observando a esta asamblea me parece que no hay entre nosotros muchos que puedan reflexionar sobre nuestro tema-el odio-realmente «desde dentro», como algo que han sentido en su propia carne, o sea, sobre la base de su propia experiencia. Parece que todos los aquí presentes somos meros observadores preocupados ante ese fenómeno e intentamos reflejarlo sólo desde fuera. Yo me encuentro en el mismo caso: entre mis malas cualidades que son bastantes, no existe, sorprendentemente, la capacidad de odiar. Por esa razón también yo puedo reflexionar sobre el odio sólo como observador no muy entendido, pero preocupado.

Pensando en los hombres que personalmente me han odiado o me odian, me doy cuenta de que tienen en común ciertos rasgos- que sumados y analizados en su conjunto-: ofrecen una explicación clara, aunque demasiado general, del origen de su odio.

En primer lugar jamás se trata de hombres vacíos, pasivos, indiferentes o apáticos. Su odio siempre me parece manifestación de un gran anhelo, realmente no satisfecho de un deseo que jamás se ha realizado, de una ambición desesperada. Se trata, pues, de una potencia interior enormemente activa que lleva a su portador incesantemente hacia algo y le arrastra hacia un lugar y, podemos decir, que le supera. Niego rotundamente que el odio sea equivalente a una simple ausencia del amor o de humanidad, o un simple vacío en el alma humana. Todo lo contrario: tiene mucho en común con el amor. Al igual que este sentimiento trasciende de sí mismo se aferra al otro y depende, incluso delega, una parte de su propia identidad en él. Así como el amante anhela al amado y no puede existir sin él, también el que odia sueña con el odiado. Y al igual que el amor también el odio es, en su última esencia, una manifestación del anhelo de lo absoluto, aunque en el último se trate de una manifestación trágicamente perversa.

Los que odian, al menos los que yo he conocido, son personas con la sensación permanente, imposible de erradicar, de ser tratadas injustamente, aunque esa no sea la situación real.

Como si quisieran ser estimadas, respetadas y amadas sin limitación, y sin embargo se vieran permanentemente atormentadas por la dolorosa constatación de que los demás son ingratos e imperdonablemente injustos con ellas, no las respetan, ni aman como debieran sino que-según como lo perciben-incluso las ignoran.

* Reproducido, con autorización del autor, y extractado del libro *Sobre la Tolerancia* (1994). Autores Checos del P.E.N. Club Internacional. Readers International. página 14 a 25.

En el subconsciente de los que odian dormita la perversa sensación de que ellos son los únicos portadores auténticos de la verdad absoluta, lo que les convierte en superhombres o incluso en dioses. Por ello sienten que merecen el total reconocimiento del mundo, así como una condescendencia y lealtad plenas, incluso una obediencia ciega. Pretenden ser el centro del mundo y se sienten permanentemente frustrados e irritados al ver que el mundo no los considera como tales, no los valora, y hasta no se fija en ellos y, puede ser, que incluso se ría de ellos.

Se comportan como niños mimados o mal educados que creen que su madre está en este mundo sólo para adorarlos y se enfadan si ella dedica su atención también a otras cosas, por ejemplo, a sus hermanos, a su esposo, a los libros o a cualquier trabajo. Todo esto lo sienten como una injusticia, una herida, un ataque contra ellos, la puesta en tela de juicio de sus propios valores. La fuerza interior que podría ser amor se convierte en odio hacia la presunta fuente de agravios.

En el odio-al igual que en un amor frustrado- está presente' un trascendentalismo desesperado: los que odian quieren alcanzar lo inalcanzable y sufren sin cesar por la imposibilidad de alcanzarlo a causa, según ellos, de un mundo infame que se lo impide.

El odio es característica diabólica del ángel caído: es continuamente atormentada por las insinuaciones de que no lo es o no puede serlo. Es la característica de un ser celoso de Dios que sufre con la sensación de que el camino hacia el trono de Dios, en el que él mismo debería estar sentado con todo derecho, le es negado por un mundo injusto que conspira contra él.

El hombre que odia jamás será capaz de ver la causa de su fracaso metafísico en sí mismo y en su total sobreestimación. A sus ojos, el culpable de todo es el mundo que le rodea. Pero es un culpable demasiado abstracto, indefinido y que no se puede asir. Debe ser personificado, ya que el odio- como aspiración concreta del alma- necesita también una víctima concreta. Por ello, el hombre que odia encuentra a un culpable concreto. Es, obviamente, sólo un culpable sustitutivo y por ello fácilmente reemplazable por otro. He observado que la sensación de odio resulta para quien odia más importante que su objeto, y que es capaz de alternar los objetos muy rápidamente sin alterar en absoluto su relación hacia ellos.

Es comprensible, en realidad él no odia a un hombre concreto como tal, sino lo que dicho hombre representa: el conjunto de obstáculos en su camino hacia lo absoluto, hacia el reconocimiento absoluto, hacia la identificación total con Dios, la verdad y el orden del mundo. El odio hacia

el prójimo parece ser, por tanto, sólo un odio fisiológicamente materializado hacia el Cosmos que se experimenta como causa de su propio fracaso cósmico.

Se afirma de los que odian que son hombres con complejos de inferioridad. Aunque quizás ésta no sea una caracterización exacta. Yo más bien diría que son personas que carecen de autoestima.

Me parece fundamental, asimismo la siguiente observación: el hombre que odia desconoce la sonrisa, solo conoce la mueca. Es incapaz de bromear con alegría y tan sólo se burla agriamente. Es incapaz de genuina ironía al ser incapaz de auto ironía, ya que de forma auténtica sólo pueden reír los que saben reírse de sí mismos. El que odia se caracteriza por una cara seria, una enorme susceptibilidad, palabras fuertes, gritos, una total falta de capacidad de distanciarse de sí mismo para ver su propia comicidad.

Estas características revelan un dato sumamente significativo: la completa ausencia de cualidades como son el sentimiento de proporcionalidad, el buen gusto, el pudor, la capacidad de verse desde cierta distancia, la capacidad de dudar y preguntar en general, la conciencia de la propia situación temporal en este mundo y del carácter temporal de todas las cosas. El que odia carece de la vivencia de lo que es genuinamente absurdo: su propia existencia. Tampoco es consciente de que esta existencia suya no es necesaria, de su precariedad, de sus fallos, limitaciones o culpas. El denominador común de todo ello se encuentra, evidentemente, en la carencia trágica, hasta metafísica del sentido de la medida de las cosas: el hombre que odia no comprende la medida de las cosas, de sus posibilidades de sus derechos, de su propia existencia y del reconocimiento y del amor que éste implica. Quiere que el mundo le pertenezca en su totalidad, o sea que el reconocimiento del mundo no tenga límites. No entiende que debe conquistar el derecho al milagro de su propia existencia y al de su reconocimiento y hacerse merecedor de ellos por medio de sus actos, en lugar de considerarlos como algo gratuito que le ha sido otorgado de una vez, de forma ilimitada y que nunca nadie podrá poner en tela de juicio. En otras palabras, cree que ha recibido un pase especial válido para cualquier lugar y por tanto también para el cielo. Y cualquiera que se atreva a examinar este pase, se convertirá en enemigo que se porta injustamente con él. Si entiende así su derecho a la existencia y al reconocimiento no sorprende su irritación permanente con cualquier persona que no sea capaz de deducir todas las consecuencias que este derecho implica.

He observado que quienes odian acusan a sus prójimos- y a través de ellos al mundo entero- de ser malos. El motor de su disgusto lo constituye la sensación de que los hombres malos y el mundo malo les niegan lo que les pertenece de forma natural, por lo que proyectan en ellos su propio enojo. Incluso en esta característica se asemejan a los niños mimados: no entienden que, de vez en cuando, deben hacerse merecedores de algo por sí mismos y que si no reciben inmediatamente todo lo que se les antoja, no es porque alguien quiera tratarlos mal.

El odio entraña un gran egocentrismo y amor propio. Anhelando la autoconfirmación absoluta y no encontrándola, quienes odian se sienten víctimas de injurias pérfidas, malévolas y omnipresentes que deben ser eliminadas para que, al final, la justicia pueda abrirse paso. Naturalmente se trata de una justicia, según ellos la conciben, a su servicio: la entienden como un deber de reconocerles algo que no les puede ser reconocido, o el derecho que tienen a disponer de todo el mundo.

El hombre que odia es esencialmente infeliz y nunca podrá alcanzar la felicidad total. Puesto que haga lo que haga para ser, finalmente apreciado debidamente, y para que sean, finalmente destruidos los que, presuntamente tienen la culpa de que sea menospreciado, jamás logre obtener el tipo de éxito con que sueña, es decir el éxito absoluto: siempre se le aparecerá en cualquier sitio- por ejemplo en la sonrisa alegre, conciliadora y disculpatoria de su víctima- todo el horror de su impotencia o, mejor de su incapacidad de ser Dios.

Sólo existe un odio; es decir que no hay diferencia entre el odio individual o colectivo: el que odia al individuo, es muy posible que sucumba al odio de un grupo o que lo propague por él. Probablemente incluso el odio tribal- tanto religioso, ideológico doctrinal, social, nacional o cualquier otro- represente un embudo que, en su última instancia succiona a todos los que están predispuestos para el odio individual. En otras palabras el núcleo más característico y el potencial humano de todos los odios tribales lo constituye el conjunto de personas capaces de sentir un odio individualizado.

Además: el odio colectivo, compartido, difundido y ahondado por estas personas, tiene una atracción magnética especial con la que se consigue hacer entrar a través de su embudo a muchas otras que originalmente, parecían no poseer la capacidad de odiar. Se trata de gente moralmente pequeña y débil, egoísta, con espíritu perezoso, incapaz de pensar por sí misma y, por ello, propensa a sucumbir a la sugestiva influencia de los que odian.

La atracción del odio colectivo- infinitamente más peligroso que el odio individual- se alimenta de varias ventajas evidentes: 1) El odio colectivo libera a los hombres de la soledad, del abandono del sentimiento de debilidad, de la impotencia y del desprecio, y así, evidentemente, les ayuda hacer frente a su complejo de fracaso de un ser menospreciado. Al integrarles en una comunidad, se crea entre ellos una hermandad basada en un principio aglutinador simple, ya que la participación en ella no exige nada, las condiciones de admisión se cumplen fácilmente, nadie debe temer suspender el examen de entrada.

Entonces, qué puede ser más sencillo que compartir el objeto común de rechazo y adoptar «la ideología de la injusticia» conjunta que nos impone el rechazo de ese objeto? Por ejemplo, afirmar que los alemanes, los árabes, los negros, los vietnamitas, los húngaros, los checos, los gitanos o los judíos son culpables de toda la infelicidad del mundo- especialmente de la desesperación de todas las almas injustamente tratadas- es tan fácil y comprensible! ¡Y siempre podemos encontrar un número suficiente de vietnamitas, húngaros, checos, gitanos o judíos para ilustrar a través de sus actos la idea de que precisamente ellos tienen la culpa de todo!

2) La comunidad de los que odian favorece otro aspecto de esta sensación básica de falta de aprecio que, a mi juicio, se oculta en todos los que son capaces de odiar: les permite reafirmarse mutuamente, hasta el infinito, sobre su valor, tanto rivalizando en las manifestaciones de odio hacia el grupo elegido como culpable de su menosprecio, como mediante el culto, símbolos o ritos que confirman el valor de la comunidad de los que odian. Compartir el traje, el uniforme, el escudo, la bandera o la canción preferida hermana a los participantes, re fuerza su identidad soberana, multiplica, afianza e incrementa a sus ojos su propio valor.

3) Mientras que la agresividad individual implica siempre un riesgo, puesto que despierta el fantasma de la propia responsabilidad, la comunidad de los que odian «legaliza» en cierta forma la agresividad: su manifestación común crea la ilusión de su legitimidad o, al menos, la sensación de una «cobertura colectiva». Escondido en el grupo, la manada o la masa, todo hombre violento en potencia suele ser, por naturaleza, más atrevido: unos estimulan a otros y todos- debido precisamente a su mayor número- se convencen mutuamente de su legitimidad.

4) y por último, el principio del odio tribal facilita sustancialmente la vida de todos los que odian, incapaces de reflexionar independientes, puesto que les ofrece algo simple y reconocible a primera vista como objeto de su odio en tanto que culpable de la propia sensación de injusticia: el proceso de materialización de la injusticia general del mundo en el que

la representa y al que es necesario odiar, se simplifica enormemente ofreciendo «un culpable» fácilmente identificable por el color de su piel, la lengua en que habla, la religión que profesa o el lugar del globo terrestre donde habita.

El odio colectivo tiene, además, otra ventaja intencionada: la discreción con la que surge. Hay que saber que existe toda una serie de estados-aparentemente inocentes para la mayoría, de los que nacen casi imperceptibles grados anteriores al odio potencial, convirtiéndose en un campo vasto y fértil, en el que las semillas del odio echan raíces y brotan con facilidad.

Voy a mencionar al menos tres ejemplos:

¿Dónde puede surgir esa sensación hipertrófica de injusticia universal mejor y con mayor éxito que precisamente allí donde se cometió injusticia real? La base perfecta para la sensación de sentirse menospreciado la encontramos, lógicamente, en la situación en que alguien ha sido menospreciado, ofendido o realmente engañado. El medio idóneo para el nacimiento de la sensación enfermiza de agravio lo ofrecen, obviamente, las condiciones en que realmente se cometen agravios. Simplemente, el odio colectivo se vuelve más creíble y atractivo en ambientes dominados por personas que, de una u otra forma, sufren, es decir, en un clima de infortunio humano.

El segundo ejemplo: el milagro de la mente y del genio humano está vinculado a la capacidad de generalización: difícilmente podemos imaginarnos la historia del espíritu humano sin ella. En realidad, todo el que piensa generaliza de alguna manera. Sin embargo, esta capacidad es un don muy delicado que ha de manejarse con suma cautela.

Los espíritus menos agudos son los que más fácilmente pueden apoyarse en el acto de la generalización. Cuando hemos dado a la ligera nuestras opiniones e ideas sobre naciones, todos, en alguna ocasión, hemos afirmado que los franceses, los ingleses o los rusos son de esta o aquella manera. No queremos hacer mal a nadie, sólo intentamos conocer mejor la realidad mediante nuestras expresiones generalizadoras. No obstante, ese tipo de generalizaciones entraña a un enorme peligro: con ellas, sin pretenderlo, estamos privando a un determinado grupo de seres humanos, en este caso definido étnicamente, de sus almas individuales y de su responsabilidad individual, y lo estamos dotando de una responsabilidad colectiva abstracta. Y esto es precisamente lo que puede convertirse en evidente punto de partida de un odio colectivo: los individuos se vuelven malos y perversos a priori únicamente por su origen. El mal del racismo,

uno de los peores males del mundo actual nace, en parte, exactamente de ese tipo de imprudencias en las generalizaciones.

Finalmente, el tercer escalón del odio colectivo que quiero mencionar, lo constituye algo que yo llamaría «la diversidad o la otredad colectiva». Una parte integrante del hermoso e inagotable colorido y del secreto de la vida la constituye no sólo el hecho de que cada persona es diferente y que nadie puede comprender al otro del todo perfectamente, sino también el hecho de que los diferentes grupos de personas difieren entre sí incluso como grupos: sus costumbres y hábitos sociales, sus tradiciones, su temperamento, su estilo de vida y de pensar, su jerarquía de valores y, naturalmente, su fe, el color de la piel, el modo de vestir, etc. Esta «otredad» suele ser realmente colectiva y es completamente comprensible que «la otredad» compartida en el grupo al que pertenecemos; sorpresa, extrañeza, incomprensión y hasta burla. El mismo asombro que provoca en nosotros la diferencia de los demás surge en ellos con respecto a nosotros.

Esa diversidad entre las comunidades puede ser, por supuesto, aceptada comprensiva y tolerantemente como una realidad que enriquece la vida, puede estimarse y respetarse, incluso puede considerarse divertida, pero, con igual facilidad, puede convertirse en fuente de incomprensión y rechazo y, por ello, en la base de un incipiente odio.

La conciencia de la injusticia, la capacidad de generalización y el conocimiento de «la otredad» constituyen un terreno peligroso y sólo unos pocos de los que se mueven sobre él son capaces de reconocer el germen de un odio colectivo que va echando raíces o que ya ha crecido en él.

Varios observadores califican a la actual Europa Central y Oriental como un polvorín en potencia, es decir, un espacio de floreciente nacionalismo, intolerancia étnica y, por tanto, sometido a manifestaciones diversas de odio colectivo. En ocasiones llegan a describirlo como fuente posible de una futura inestabilidad europea y de grave amenaza para la paz. En el trasfondo de reflexiones tan pesimistas podemos presentir, a veces, incluso anhelos nostálgicos de los buenos viejos tiempos de la guerra fría, cuando las dos mitades de Europa se tenían mutuamente en jaque y gracias a ello, la tranquilidad parecía reinar en todas partes.

No comparto el pesimismo de estos observadores. Pese a ello reconozco que el rincón del mundo del que provengo podría convertirse si no extremamos nuestra vigilancia y el sentido común- en el terreno propicio para el nacimiento y el desarrollo del odio colectivo. Ello es por varias razones más o menos comprensible.

Debemos ser en primer lugar conscientes de que en este espacio de Europa Central y Oriental conviven numerosas naciones' y varios grupos étnicos entremezclados y que difícilmente podemos imaginarnos fronteras ideales que los separen.

Por esa razón hay allí numerosas minorías, y minorías dentro de las minorías, las fronteras son con frecuencia artificiales, en definitiva, esta zona es una caldera internacional conjunta.

Además, estas naciones han tenido siempre pocas oportunidades históricas de encontrar su soberanía política y su propio Estado: durante siglos vivieron bajo el manto de la monarquía austro-húngara y, tras el breve período de entreguerras estuvieron, de una u otra forma, sometidas por Hitler y, a continuación, por Stalin. El proceso para el que los pueblos de Europa Occidental disfrutaron de decenas de años o de siglos enteros, las naciones centro europeas tuvieron, en su mayoría, sólo veinte años entre las dos guerras mundiales.

Con razón llevan en el subconsciente colectivo la sensación de injusticia histórica. Y por ello este sentimiento hipertrofiado, característico del odio, puede encontrar allí, lógicamente condiciones favorables para su nacimiento y desarrollo.

El sistema totalitario, que ha dominado durante largos años la mayoría de esos países, se caracterizaba, entre otras cosas, por la tendencia a igualar y uniformizar todo, de manera que durante decenios oprimió con dureza cualquier soberanía o- si quieren- «otredad» de las naciones subyugadas. Todo era igual, desde la estructura de la administración estatal hasta las estrellas en los tejados, todo era igual, es decir, importado de la Unión Soviética. No es de extrañar, por lo tanto, que en el momento en que esas naciones se liberaron del sistema totalitario, se dieron cuenta, súbitamente, con inusual claridad, de su «diversidad» mutua y, de repente liberada. Y habría sido un milagro que esa diversidad, durante años invisible desde fuera y, por lo tanto, desconocida y no aceptada mentalmente, no provocase asombros. Desprovistos de los idénticos uniformes y máscaras que nos habían sido impuestos, ahora vemos nuestras auténticas caras por primera vez.

Se produce una especie de impacto ante nuestra «otredad». Surge así una nueva condición favorable para el nacimiento de una resistencia conjunta que, en determinadas circunstancias, podría convertirse incluso en un sentimiento colectivo de odio.

Dicho de forma más sencilla, estas naciones han carecido del tiempo necesario para que su existencia como Estados madurase suficientemente y para acostumbrarse a su diversidad mutua perfilada políticamente.

También en este caso podemos compararlas con niños: sencillamente, esas naciones, en muchos aspectos, no han dispuesto del tiempo necesario para alcanzar la madurez política.

Como es natural, después de todas las circunstancias por las que han pasado sienten la necesidad de hacer rápidamente visible su existencia y de alcanzar su reconocimiento y su estimación. Desean, simplemente, que el resto del mundo las conozca y que las tome en consideración. Pretenden que su diversidad sea reconocida. Y, al mismo tiempo, aún provistas de una inseguridad interior en sí mismas y en la medida de su reconocimiento, se encuentran nerviosas y se preguntan si las otras- de repente tan diferentes a ellas- no les privarán de una parte de las atenciones que, de otro modo, merecerían solamente ellas.

Durante años el sistema totalitario suprimió, en esa parte de Europa, la independencia y originalidad de los hombres, tratando de convertirlos en piezas obedientes de su maquinaria. La escasez de cultura ciudadana, destruida por ese sistema durante tanto tiempo, su presión totalmente desmoralizadora permiten la proliferación de ese tipo de generalizaciones imprudentes que acompañan siempre a la intolerancia nacional.

El respeto a los derechos humanos que implica el rechazo del principio de responsabilidad colectiva, es siempre el resultado de una mínima cultura ciudadana: Ojalá mi descripción, sumamente breve y, por ello, necesariamente simplificadora, deje claro que hay condiciones relativamente propicias para el surgimiento de la intolerancia nacional o, incluso, del odio en esta parte de Europa.

Y existe en ella, además, otro factor importante: después de la alegría de la propia liberación llega, inevitablemente, la [ase de la desilusión y la depresión: sólo ahora, cuando podemos describir y nombrar la verdad de todo, nos damos cuenta en toda su extensión del terrible legado del sistema totalitario y somos conscientes de lo largo y difícil que será el camino que nos lleve a superar los daños cometidos.

Este estado de total frustración puede provocar que muchos descarguen su ira en «cabezas de turco», que, según ellos reemplacen a los verdaderos culpables convirtiéndose en pararrayos que busca la rabia impotente.

Reitero que al hablar sobre el peligro del odio nacional en Europa Central y Oriental, no lo hago como si se tratara de nuestro porvenir, sino de un peligro latente.

Hay que comprender dicho peligro para afrontarlo con eficacia. Es una obligación de todos los que vivimos en los países del ex -bloque soviético.

Debemos luchar enérgicamente contra cualquiera de los posibles gérmenes del odio colectivo, no sólo por principios, sino también por nuestro propio interés.

Los hindúes tienen una fábula sobre el pájaro mítico Bhérunda. Es un pájaro con un cuerpo, pero con dos cuellos, dos cabezas y dos conciencias independientes. A raíz de la continua convivencia, las dos cabezas empezaron a odiarse y decidieron hacerse daño entre sí, por lo que empezaron a tragar piedras y veneno. El resultado es claro: el pájaro Bhérunda empieza a tener espasmos y muere gimiendo en voz alta. Krishna, con su misericordia ilimitada, lo resucita para que recuerde siempre a los hombres cuál es el final de cualquier odio. Jamás consume sólo al odiado, sino siempre y a la vez- y puede ser que con más fuerza- al que odia.

También nosotros, los que vivimos en las resurgidas democracias europeas, deberíamos recordar esta fábula diariamente: si una de ellas se deja vencer por la tentación de odiar a la otra, todos terminaremos como el pájaro Bhérunda.

Con la diferencia de que en esta tierra difícilmente encontraremos a un Krishna que nos libere de nuestro infortunio.

